

## La Torre Espiral

Desde el puente sobre el riachuelo, Asdra observaba soñolienta cómo los patos chapoteaban debajo, apresurándose frenéticamente cada vez que alguno se percataba de otro trocito de pan que la niña les había arrojado. Intentaba echarlos cerca del más pequeño y zarrapastroso, pero el pobre, encima de eso, debía de ser también miope, y siempre se los arrebatava uno de los otros, normalmente uno gordo y engreído. A menudo se preguntaba cómo era ser un pato. Parecía que el mundo y las preocupaciones de estos palmípedos se acababan en las orillas de su riachuelo, y que seguramente nunca pensaban en nada más allá, pero después levantaban el vuelo y migraban a lugares donde ella jamás había estado, de alguna forma nunca perdiéndose. Instinto, le decía Mandalski, en realidad no piensan. A lo mejor Mandalski y los demás creían lo mismo de ella cuando no entendían cómo podía llegar a esas decisiones siempre acertadas cuando los intelectos de todos los sabios y estrategias del emperador daban tumbos en la oscuridad.

‘¡Asdra! Ah, ahí estás. Debí suponer que te encontraría aquí’.

El viejo emergió de la meticulosa línea de abetos que delimitaba el bosque, agitando su bastón como un grotesco dedo reprochador. Nadie había visto que lo utilizara alguna vez para apoyarse al caminar.

‘Su Majestad desea verte enseguida’.

‘¿Estás bien, Mandalski? Te veo algo nervioso’.

‘¿Nervioso? No, pequeña. Pero si te soy franco, el emperador sí me dio la impresión de estar un tanto... ofuscado. Vamos, mejor no demorar’.

Asdra lanzó el resto del pan al agua y siguió a su tutor. Cuando la trajeron al palacio a vivir, él fue designado para ocuparse de ella. Entonces no se daba cuenta, pero ahora, a sus trece años,

Asdra era consciente de que niñero no sería el puesto con el que siempre había soñado este viejo que tenía todos los requisitos para ser un sabio: barba puntiaguda hasta el cinturón, nariz corvada, ojos hundidos y penetrantes con ese brillo que parece delatar, a pesar de su rostro impasible, el humor que sólo él puede apreciar en alguna situación. Sin embargo, siempre se había esforzado por cumplir lo mejor posible sus funciones, aunque ahora se hubieran reducido a esporádicas clases de Historia y Filosofía, y ella, por cariño o simplemente inercia, seguía haciéndole preguntas incluso si las respuestas nunca resolvían nada.

‘¿Qué te hizo pensar que el emperador estaba ofuscado?’

‘Su ceño fruncido, sus gestos más bruscos de lo normal, su tono de cólera reprimida...’ Mandalski agitó su bastón de aquí para allá como señalando un amplio campo de indicios de descontento imperial. ‘A lo mejor es simplemente que se ha levantado de mal humor, pero presentí algún problema’.

El sonido de sus pasos sobre los chinos del camino traía a la mente de Asdra las escenas que le habían mostrado por la mañana de aquellos enormes monstruos masticando cualquier tipo de maquinaria que encontraban en ya no recordaba qué planeta inhóspito. Estaba harta de la guerra.

‘El capitán de la guardia deseaba hablar conmigo, supongo que querrá mi consejo’, comentó su tutor como hablando de algo rutinario que ni se le había ocurrido pudiera ser motivo para enorgullecerse, cuando hubieron salido del anillo arbolado que rodeaba enteramente la torre, ‘así que he de dejarte. No te preocupes incluso si Su Majestad parece enfadado. Sabes que te quiere más que a nadie’.

Con esto inclinó la cabeza un poco hacia la izquierda, su característica versión de una pequeña reverencia de despedida, dio una media vuelta brusca con la obvia intención de hacer volar su larga capa celeste, y se marchó. Asdra comenzó a subir la espiral de escaleras que serpenteaba alrededor del gran cono rosa. Cuando llegó a la entrada de los aposentos imperiales, se detuvo un

momento - aun a sabiendas de que él la estaría observando a través de las rendijas entre cortinas - para contemplar el atardecer. El cielo estaba más despejado de lo normal, y más allá de la colina que huía a sus pies, más allá de la vasta llanura poblada escasamente con casitas redondas de tejados blancos, recorriendo las faldas del océano, hoy su vista alcanzaba cinco... no, quizá seis de los islotes. A menudo echaba de menos aquellos días en que navegaban por el archipiélago con toda su atención en las continuas partidas de xiastra.

Se volvió y entró en la habitación. El emperador Valtriesa, sentado en su trono al fondo, depositó lo que quedaba de una manzana sobre la bandeja sostenida para ello por un sirviente alto y pálido, y bajó solemnemente al encuentro de la niña. En cuestión de talla no aventajaba en más de un dedo o dos a Asdra, que no era alta para su edad, pero mientras sobre la cabeza de ella no había más que pelo corto rodeado por un cordel rojo, la suya ostentaba, durante cada uno de sus momentos de vigilia, un desmesurado sombrero cilíndrico de color púrpura. Fuera cual fuera la finalidad de esta prenda, tenía la feliz consecuencia de otorgarle al emperador un paso noble y esbelto, en su afán por mantener la verticalidad.

Asdra hizo una reverencia. Valtriesa levantó una severa ceja, susurrando, ‘buenos días, pupila’, y le indicó con una mano abierta que pasara a la cámara contigua. Allí esperaron unos instantes a que la esfera invisible que ocupaba la mayor parte del espacio se llenara de gas, y entonces, iluminándose todo el suelo, pudieron contemplar en el seno de la bola, una vez más, reducido en escala pero no en esplendor, aquella remota porción de Universo que tanto les ocupaba últimamente.

‘Quizás al final no estaban tan necesitados de combustible’, observó el emperador. ‘Quizás intuyeron nuestras maniobras. Quizás no te estabas concentrando lo suficiente cuando me aseguraste que no me preocupara por Stípula, que se dirigirían hacia la nebulosa primero. El caso

es que Stípula ya no es más que un recuerdo en nuestras nostálgicas mentes, y quién sabe qué puede acarrear este debilitamiento’.

Miró a Asdra inquisitivamente, invitándole, le parecía a ella, a responder a alguna pregunta que no recordaba hubiese sido formulada. La niña se mordió el labio inferior y evitó los ojos del megalómano centrándose en la imagen. Valtriesa suspiró.

‘Cuando te acogí aquí en el palacio, una huérfana sin futuro, lo hice porque eras la única persona, incluso entonces, tan pequeña, que podía vencerme al xiastra, pues no tiene sentido el juego si no es posible perder, y para mí no tiene sentido la vida sin el xiastra. No obstante, si en el juego te equivocas de vez en cuando, no importa demasiado. Muy distinta en eso es la guerra’.

El emperador se deslizó detrás de su joven estratega y posó las manos sobre sus hombros.

‘Desde que te asigné esta nueva labor, y te repito que he puesto mi plena confianza en ti, has desempeñado tu papel de forma imposible de recompensar, dejando atónitos a todos y sembrando en mí lo que sólo puedo describir como orgullo paternal. Únicamente te pido que continúes mostrándonos tu maestría innata hasta conseguir la victoria. Sabes que son momentos muy delicados éstos, que la situación puede bascular en cualquier sentido. ¿Harás eso por mí?’

Asdra asintió con la cabeza sin mirarlo.

‘Te lo agradezco infinitamente. Ahora te dejo para que puedas concentrarte esta vez plenamente. Estaré con el Consejo’.

\* \* \*

Era ya de noche cuando Asdra entró en el gran salón siete plantas más abajo. Los diecisiete sabios que formaban el Consejo giraron la cabeza hacia ella al ver que el emperador, situado enfrente y algo más arriba, como un profesor ante su clase, alzaba la vista y sonreía a alguien en

la entrada. Todos habían adivinado enseguida de quién se trataba. Cada miembro estaba sentado sobre un cojín y tenía entre sus manos una pequeña esfera, réplica de aquella que Asdra venía de estudiar.

‘¿Has llegado a una decisión, querida pupila?’

‘Así es, Su Majestad’. En vez de dar la vuelta, caminó entre los sabios hasta Valtriesa y le entregó un papel. Cuando éste lo hubo mirado unos segundos, tomó aire, contorsionó ligeramente los labios y, sin mirar a la dueña de la mente más hábil de su imperio, deslizó las yemas de los dedos sobre su esfera. De inmediato surgieron ruidos de sorpresa, descontento e indignación de los miembros del Consejo. Uno de ellos, un hombre obeso de mediana edad, con una bata blanca y una pequeña barba corvada hacia delante, hizo para levantarse, pero pensándoselo mejor, se quedó a mitad de camino, arrodillado.

‘Pero Su Majestad’, replicó con una voz nasal, ‘eso va completamente en contra de todas nuestras conclusiones’.

‘Cierto’, contestó Valtriesa con tono de querer ser justo y razonable, ‘y por eso invito a mi indiscutiblemente lúcida, pero en esta ocasión de motivos todavía oscuros, pupila a explicar por qué hemos de apartar gran parte de nuestras defensas de la trayectoria del enemigo para instalarla en lugares donde su utilidad aún me evade’.

‘Estoy segura de que esa no será su trayectoria. Y aquellos lugares de los que habla Su Majestad se convertirán pronto en puntos clave. No puedo explicar por qué, pero apostaré mi vida a que tengo razón, lo intuyo, y también que esta decisión es de vital importancia’.

‘Sí, y supongo que hubieras apostado tu vida también acerca de Stípula, ¿no es así?’, intervino un miembro del fondo vestido con un traje de cuerdas abigarrado.

Asdra miró al suelo sin decir nada.

‘En cualquier caso’, les recordó el emperador, ‘no hay más tiempo que perder. Voy a poner mi confianza, como en tantas afortunadas ocasiones, en mi pequeña Asdra’.

\* \* \*

La mañana siguiente Asdra se despertó con el sonido de una campanilla. Era el sistema que utilizaba Mandalski para este propósito desde hacía algo más de un año, cuando debió de ocurrírsele al tutor que era impropio ver a la señorita en su atuendo de cama. No obstante, era en ese mismo atuendo, una especie de poncho de tela amarilla, como surgió esta vez de las cortinas, frotándose los ojos y sonriendo. Pero él no sonrió.

‘Buenos días, maestro’.

‘Sólo espero que no sean demasiado malos. El emperador desea que acudas enseguida al Gran Salón’.

‘De acuerdo, no hay problema’.

‘Ojalá sea eso verdad’.

Bajando las escaleras por el exterior de la torre, la única vía, Asdra se preguntó una vez más cómo un lugar de tal opulencia podía carecer de ciertas comodidades que recordaba eran de uso cotidiano incluso en la desfavorecida tierra de su infancia. Entraron por fin en el Gran Salón. Esta vez sólo giraron dos o tres de las cabezas, y éstas para observarla por el rabillo del ojo con patente desdén. Esta vez el emperador no sonreía.

‘Acércate, niña’. La mirada era penetrante, pero la orden apenas audible. ‘Por favor, mira en mi globo’.

Asdra se acercó, hizo cautelosamente como le pedía, y palideció.

‘Dime’, susurró Valtriesa, ‘¿acaso mantienes tu apuesta ahora?’

‘Su Majestad, recomiendo que sea juzgada por alta traición’. La propuesta venía del hombre obeso de la barba corvada.

‘Su Majestad’, intervino Mandalski, que hasta ahora había permanecido en la entrada, ‘no podéis tomar represalias contra la niña, por erróneas que fueran sus decisiones...’

‘Mandalski, no me interesa tu opinión, sal del Salón’.

‘Su Majestad, ha llegado a la pubertad, no podéis esperar de ella los mismos resultados...’

‘¡Mandalski, fuera del Salón!’

Asdra contemplaba los rostros de los sabios del Consejo. Estaban obviamente preocupados, pero en algunos era fácil distinguir la sensación de triunfo al verla así deshonrada y despojada del protagonismo que les había arrebatado.

‘Soy un hombre justo. Si al analizar la situación con detenimiento encuentro que no había ninguna intención maligna en tus errores, no tienes por qué preocuparte. Pero ahora tengo asuntos más importantes a los que atender que el tuyo. Llévala a la Punta y que se quede allí hasta nueva orden’.

Otra vez en las escaleras. Parecía que había pasado más tiempo, pero el Sol seguía flotando casi igual de bajo sobre el horizonte que cuando lo vio antes de entrar. Al llegar a la habitación más alta, uno de los guardas que le había acompañado en silencio abrió la única puerta de la torre.

‘Si necesitas algo, sólo tienes que llamar’, dijo, tratando de ser reconfortante. ‘Te traeremos la comida cuando sea la hora’.

Asdra tragó saliva y asintió con un par de movimientos rápidos de cabeza, sólo dirigiendo sus acuosos ojos a los del guarda por un instante, pero uno que se le quedaría al hombre grabado en la retina y en el corazón.

‘Gracias’.

\* \* \*

Esa noche seguía en el pico de la torre, contemplando el cielo. Las paredes de la habitación formaban un cono transparente, permitiéndole la mejor vista que jamás había tenido (nunca había ido al espacio). Dorostein estaba en cuarto creciente avanzado y Tlus casi llena. Sería sin duda en Asnitla, oculta bajo el horizonte, donde se estarían librando las batallas más intensas, pero en Dorostein y Tlus también se podía apreciar brotes espléndidos de colores. Por primera vez la guerra dejó de ser un incordio abstracto y pasó a un plano real e inmediato. Ahora se daba cuenta realmente, en términos de vidas y mundos, no sólo de estadísticas, del verdadero poder con que había estado jugando desde aquí en su jaula dorada. Se dejaron ver fugazmente cuatro o cinco hipérbolas de luz blanca desde los islotes hasta la base de la torre. Poco después empezó a oír gritos y tumulto procedentes de más abajo. Entonces la puerta se abrió, y apareció un hombre alto y joven en un aparatoso traje negro, con lo que sería algún tipo de arma en una mano.

‘Saludos. Tú eres Asdra, si no me equivoco’.

‘Y tú, el general Trauten. Encantada de conocerte en persona’.

‘Igualmente. Me llena de júbilo informarte de que el tirano ha caído, y tu ayuda para conseguirlo ha sido de un valor incalculable. Cuando quieras podemos partir’.

Asdra miró una vez más por la pared, esta vez hacia el río. Se preguntó si los patos habían levantado el vuelo antes del ataque. Seguro que sí, y seguro que volverían a su riachuelo como siempre, incluso si ella estaba ya donde jamás migrarían.

‘De acuerdo, vámonos’.